



SCRÓPOLO, EL NECRÓFAGO

Memorias Olvidadas

Darka Treake

SCRÓPOLO, EL NECRÓFAGO



Memorias Olvidadas
Darka Treake

Título: *Scrópolo, el Negrófago*

 2007, Darka Treake

Escrito en Palma de Mallorca en diciembre de 2007

Corregido en Palma de Mallorca en agosto de 2009

Impreso por Bubok en 2009 (www.bubok.es)

Imagen de portada: Cristina Puig, 2008

(www.cristinapuig.com)

www.modt.net

Esta obra está inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual, por medio de la plataforma SafeCreative, y protegido con una licencia Creative Commons, que permite su copia y distribución, reconociendo siempre la autoría del trabajo. De ningún modo están permitidos el uso comercial y/o modificación de la misma.

SCRÓPOLO, EL NECRÓFAGO

Memorias Olvidadas

Darka Treake

Breves notas del autor

Scrópolo, el Necrófago, ha sido mi primer paso en el género del terror.. Todo comenzó cuando estábamos preparando el *Festival de fantasía y Ciencia-Ficción Mallorca Fantástica 2008*. Allí conocí a muy buena gente, y entre las propuestas que se hicieron, estaba la publicación de un cuento de terror, y bueno, me atreví a intentarlo. Me pidieron el cuento y me lancé de cabeza, con la perspectiva de que fuera publicado para el festival, a través de la editorial *Mallorca Fantástica Editors*. Al final se quedó en lo que ahora es, y jamás llegó el proyecto hasta sus últimos y deseables términos. Pero en todo caso me alegro de haberlo escrito.

Como decía, es mi primer intento en el género de terror. No creo mucho en el terror, hoy en día crear miedo es complicadísimo. Creo que el terror, como género, podría llamarse *horror*, pues creo que el intento no es dar miedo,

sino horrorizar al lector, pues éste no se asustará con la narración. El intento es, tal vez, crear algún ápice de angustia en el lector, y que quede horrorizado con la macabra escena... Espero que alguien me diga si he conseguido alterar las emociones de algún lector.

Este cuento fue escrito en diciembre de 2007. Lo escribí muy rápido, para mi sorpresa, pues cuando me piden o me propongo un encargo, nunca suele salirme nada decente... En este caso, estoy muy orgulloso del resultado.

Scrópolo, el Necrófago, es una historia paralela a otro cuento. Por aquel tiempo, me encontraba trabajando en el *Cuento de Siläe, La leyenda de la Llorona*, el cual a fecha de hoy no he terminado. Scrópolo era uno de sus personajes, un tercero, que se asoma al cuento, sin ser un personaje que tome demasiada relevancia. Pero su aparición me llenó de curiosidad, y quise saber más. Fue entonces cuando me pidieron un cuento de terror, y pensé que era el personaje idóneo. Por ello, escribí esta monografía, en que se narra una historia previa a los acontecimientos del *Cuento de Siläe*.

En ese cuento, Scrópolo es el emisario de un gran Dios, uno de los Grandes Lüe, Ssuhl, el Dios Muerto. Irá a Teth Nolin en su representación, para asistir a la llegada de la Llorona: Ulara, el Demonio Resentido imaginado en la Tristeza de Orfgod... Pero en este cuento, Scrópolo aun no es nadie. Estos días, aun es un pordiosero que sobrevive a su manera, alimentándose como puede y de quien puede...

Por fin pongo punto y final al cuento. Llevaba mucho tiempo pendiente de revisión, y ahora puedo darlo por terminado, en septiembre de 2009. He de decir que este cuento ha sido escrito por completo y editado en Palma de Mallorca. Ahora pasará a engrosar las altas estanterías de la Torre del Recuerdo, que ahí perdure hasta el final del tiempo...

Darka Treaque
Palma de Mallorca, septiembre de 2009

Prefacio

Son tiempos de paz para el Mundo.

Las alimañas como Scrópolo lo tienen difícil en un mundo que aun se está corrompiendo.

En este momento, no ha sido invocado el primero de los Resentidos, pero poco falta...

Nos encontramos a más de mil años antes de que los hombres creen el calendario del viejo mundo, y sus conocimientos aun no son lo que serán.

En este tiempo vive Scrópolo, sobreviviendo como puede en un mundo en que aun no conoce los horrores que le vendrán.

Habita en las tierras donde criaturas como él aun pueden esconderse. Al sur del Viejo Mundo, donde termina en los Desiertos de Ceniza, Scrópolo ronda a hurtadillas.

Camina errante, sin saber aun dónde se dirige, un destino grandioso para tan minúsculo ser...

Prólogo

Scrópolo arañó la mesa con su afilada garra, dejando grandes surcos a su paso, y en ellos su ira contenida. Estaba sentado a una mesa, en una habitación pequeña y vacía, salvo por su escritorio y un colchón en el suelo andrajoso. Una vela titilaba sobre la mesa, iluminando su rostro cetrino. Vestía una túnica asquerosa, y estaba descalzo. Frente a sí, en su mano derecha, la sana, tenía los suaves cabellos de una muchacha. Eran rubios bajo la luz de la vela, y muy largos, tan frágiles se veían...

Scrópolo cerró el puño y lo apretó con fuerza, incluso con miedo de romper los cabellos. Su garra, a la izquierda, volvió a surcar sobre la mesa, tan despacio que el chirrío habría provocado un escalofrío en su presencia. Se sentía tan impotente... Una mezcla entre arrepentimiento y saciedad, entre añoro, deseo y más

hambre... Una lágrima cayó resbalando sobre su mejilla, sobre esa piel como blanquecina, como muerta.

Ahora ya estaba hecho, ya no había vuelta atrás. Su camino seguiría adelante y punto. Su asquerosa vida, si es que podía llamarla vida, seguía en ese momento, y el pasado, pasado estaba.

Se levantó, y la silla cayó de espaldas. Aun tenía los cabellos en su mano, y el puño apretado. Cada vez más apretado... Lentamente, conteniéndose, acercó la mano sobre la vela. Mantuvo el puño cerrado mientras los primeros cabellos se quemaban. Nada más prenderse, éstos fueron siendo comidos por el fuego hasta llegar a su puño. Él comenzó a sentir calor, pero no le importó. Por un lado se negaba a quemar los cabellos, y no quería abrir el puño para perderlos. Cada vez más caliente, un ardor insoportable, cada vez más cerca de la pequeña llama. Hasta que no pudo más, y con una quemadura abrió el puño.

El rubio se fue consumiendo lentamente. Los cabellos prendieron y desaparecieron... Desaparecieron con todo. Se llevaron el pasado, y el recuerdo. Nada le quedaba ahí, era el momento de comenzar otro camino. De un soplido apagó la vela, y todo quedó a oscuras. Unos pocos pasos, abrió la puerta, y al salir, ésta se cerró en seco.

Era el final de algo, y el comienzo de algo...

I

La noche anterior...

Lora tuvo que encontrarse en el lugar preciso en el momento menos indicado. Aquella noche, ni una nube flotaba en el cielo, y las estrellas brillaban por doquier, ocultándose entre las copas de los árboles, como la luna, que sonreía en su cuarto creciente. Faltaba poco para que ésta se ocultara tras el horizonte, y antes de que se marchara, Lora debía encontrar esos hongos mágicos que sólo crecían durante la fase creciente, y que comenzaban a marchitar a partir de la luna llena. Ella bien sabía lo que podía lograr con ellos...

Lora era una chica de veintitantos años, y era preciosa. Una vez un muchacho, en su lecho, le dijo que si su belleza era producto de algún hechizo... que si ella era una bruja. Cada vez que lo recordaba, sonreía, no lo podía evitar, como en aquel momento. Desde pequeña se había llevado de calle a los más guapos de la aldea. Ella lo sabía,

pero no se aprovechaba de ello. Tenía muy clara una cosa: ella no quería pareja. Iba a vivir sola. Nadie podría entenderla nunca... En verdad era muy complicada. Mientras, podía entretenerse con algunos hombres, porque tonta tampoco era.

Lo que ocurría es que ahora tenía un capricho... Y como sabía cómo satisfacerlo... ¿por qué se iba a quedar con las ganas? Conocía una receta mágica, cuyo ingrediente principal eran esos hongos, con la cual podía invocar a un hombre a partir de un sueño. ¡Y esa noche había soñado con el hombre más atractivo del mundo! Y claro, si podía tenerlo, iba a tenerlo.

En aquel momento se encontraba atravesando el bosque, en dirección a unos peñascos próximos a una ciénaga, donde había encontrado los hongos mágicos otras veces. Estaba todo en silencio, en el silencio del bosque: La brisa silbaba entre los árboles altos, alguna rana croaba a lo lejos, desde la ciénaga, varias cigarras debían estar chillándose de un extremo del bosque al otro, porque sus cantos eran ensordecedores. Cuando al fin vio los peñascos, y las estrellas reflejadas en la ciénaga, escuchó un búho en algún lugar, como dándole la bienvenida. No llevaba ninguna luz, ni vela ni antorcha, y estaba todo muy oscuro, pero no sentía miedo. Sus ojos ya se habían habituado a la luz azulada de las estrellas.

Al acercarse, aun con algunos árboles obstruyéndole el paso, alcanzó a ver una figura a orillas del pantano, junto a los peñascos donde ella se dirigía. La primera impresión fue ver a alguien tendido en el suelo, y

sobre éste, a otra persona, encorvada, como apoyada en su pecho... Lora entonces se detuvo. De ahí no alcanzaba a ver bien, en todo caso, podría ser alguien que necesitara ayuda, podría haber pasado algo. Se acercó, y en eso, pisó la ramita que siempre delata al que acecha en un bosque... Entre los árboles, vio a la persona encorvada moverse, como si el ruido le hubiese asustado.

A los segundos, Lora aparecía en la escena. Se trataba de una niña pequeña, llorando sobre un hombre tendido boca arriba. Estaba todo oscuro, y Lora no pudo ver bien, pero estaba claro que aquel hombre estaba muerto. La niña se levantó un momento del pecho del hombre, y miró a la muchacha recién llegada. Al parecer, el hombre tenía el pecho abierto, la ropa raída y la piel y costillas desgarradas... Tal vez le había atacado un lobo. O eso es lo primero que pensó Lora.

Su reacción primera fue agacharse y abrazar a la niña. No pudo evitar echarse a llorar también. La apartó del cadáver sin pensarlo, fue más un reflejo. No sé si por no verlo ella, o para alejar a la niña del cuerpo mutilado. Cayeron sobre la hierba, junto a los peñascos, y allí permanecieron las dos llorando un rato, abrazadas.

El cuerpo de la niña estaba muy frío, y ella trató de calentarla bajo su abrigo. No dudó lo que tenía que hacer. Ninguna de las dos dijo una palabra, no hizo falta. Compartieron el llanto hasta que la luna ya se había perdido por el horizonte del bosque, y se incorporaron.

- Ya ha pasado, pequeña... ¿Cómo estás?- La niña no contestó.- ¿Era tu padre? ¿Qué ha ocurrido?

Tal vez era muy pronto para pedir un relato de lo sucedido. La niña no dijo nada. Se limitó a mirar la cadáver.

- Tal vez sea mejor que nos marchemos a mi casa. Allí entraremos en calor.- Dijo Lora. No sabía qué hacer: llevar el cuerpo, dejarlo ahí... Lo importante en ese momento era la niña. Para aquel hombre ya era demasiado tarde.- Vamos pequeña, mañana, con la primera luz, regresaremos a por tu papá.

Las dos marcharon, y la niña no dejó de mirar atrás hasta que hubieron salido del bosque. Cruzar la aldea a oscuras fue muy rápido. La pequeña caminaba cabizbaja, Lora casi iba tirando de ella, de los hombros, medio abrazada, como la llevaba. Llegaron a su casa. Dentro, las brasas de la leña aun calentaban, y Lora tuvo un escalofrío al entrar. No era más que una casita en forma circular, con todo lo necesario para que una persona viviera. Una cama junto a la chimenea, una mesa, un armario chiquitito, y un caldero sobre una pila de leña. Junto a la cama, había un baúl precioso, tal vez lo único de valor en el hogar.

Al entrar, Lora arrojó un leño al fuego, se agachó y sopló para avivarlo, que chisporroteó pronto, iluminando y calentando.

- Túmbate en la cama... Y no te preocupes. Esta noche ya se acaba. Este día horrible da a su fin, y mañana comienza una nueva vida para las dos... ¿sí?- Pero la niña, mirando al fuego fijamente, no contestó.

La niña se metió en la cama, casi forzada por Lora, y ésta, entonces, se quitó la ropa. Su hermoso

cuerpo desnudo se bañó por la tenue llama de la chimenea, dibujando curvas increíbles... Cuando sacó la cabeza del camisón que usaba para dormir, vio a la niña como la miraba. Ésta desvió la mirada al fuego, avergonzada.

Al poco, ambas se tumbaron y se arroparon. El leño crepitaba y Lora acariciaba el pelo de la niña muy despacio. Entonces, comenzó a entonar una bonita nana que le cantaban de pequeña. La cantó con su voz más bajita, casi al oído de la niña, con la intención de desviar la imagen de aquel cuerpo mutilado. Pasó muy poco tiempo hasta que Lora se quedó profundamente dormida.

Esa noche, Lora soñó con que el asesino de aquel hombre se le colaba en su casa, y en su cama, y que primero la forzaba al sexo, y después la mataba... Su única preocupación durante la pesadilla fue la niña, a la cual no vio por ninguna parte.

La mañana siguiente, Lora se despertó con un rayo de sol en su cara, molesto y abrasador. La noche anterior, con todo, se le había olvidado cerrar las cortinas. Al pensar en ello, recordó lo sucedido, y cayó en la cuenta de que estaba sola. ¡La niña no estaba!

Se incorporó, miró a su alrededor y nada. El leño se había consumido y ya no quedaban más que sus cenizas, y en la casa no había nadie más salvo ella. Se levantó y anduvo hasta la puerta, no había nadie en la calle. ¿Se habría ido? ¿Por qué?

Lora, después de un rato sin entender, y de tomar un buen y rápido tazón de vino caliente, decidió que iría al

bosque a buscar el cuerpo. Seguramente encontraría allí a la niña...

II

Lora, bien decidida, se adentró en el bosque en busca de la niña y el cuerpo. No estaba segura si quería ver el cadáver... No era el primer muerto que veía, eso no, pero aun así, siempre le impresionaba... El cuerpo de un difunto era algo muy curioso, y que le intrigaba. Algo que había tenido vida, y que ahora ya no. Simplemente el cuerpo, la carne, lo que una vez contuvo a la vida...

Con aquello rondándole la cabeza, atravesó los árboles en dirección a la ciénaga. Tampoco le gustaba la idea de adentrarse al bosque ella sola, de día. Y es que si alguien la veía, podrían castigarla, pues no permitían a nadie adentrarse en el bosque solo, podía ser peligroso, decían... Pero de noche ya era otro cantar. Ella no tenía ningún miedo del bosque y mucho menos de la noche. Ella se sentía pertenecer más al bosque que a la aldea...

Al fin llegó al pantano. Ya veía los peñascos entre la maleza, pero ahí había alguien más... Era un chico joven y fornido de espalda. Estaba dado la vuelta, hacia el cadáver. Ella se acercó, entonces él, al escucharla, se dio la vuelta y, nada más verla, fue junto a ella.

- No. Quédate ahí... Es mejor que no veas esto.- Dijo él levantando una mano en señal de que parara. Ella se detuvo en seco.

Lora no podía creerlo. Era él. El chico con el que había soñado la otra noche. El más atractivo del mundo... No podía ser. Estaba delante suyo, ¡y había soñado con él hacía dos noches!

- Espera ahí. De verdad, no te acerques, esta imagen no será agradable para una dama...

Ella casi sonríe, pero torció su rostro en su expresión más irónica.

- ¿Una dama...?- Dijo en voz baja.- No te preocupes, ya lo vi...- Estuvo a punto de decir "anoche", pero se contuvo.- Ya he estado aquí, y he visto a ese hombre muerto.

- ¿Sí?- Se extrañó él.- Bueno, entonces vendrás a echarme una mano, pensaba llevarlo al pueblo. Acabo de encontrarlo, estaba merodeando por aquí, y lo he encontrado.- Terminó a modo de excusa innecesaria.

- Y cuándo lo has encontrado... ¿No había una niña por aquí? Una niña pequeña.

- No... Estaba solo.

Ella se acercó hasta él, y de pronto se vieron muy cerca, como invadiendo uno el espacio personal del otro.

Entonces, él se apartó hacia atrás, yendo hacia el cuerpo. Ahí lo vio bien Lora... Era un hombre, más joven que viejo, y tenía todo el pecho desgarrado. La imagen era realmente desagradable. Pobre hombre. Tenía, desde la garganta hasta bien entrado el abdomen, una raja que le abría todo el cuerpo. La camisa estaba totalmente rasgada, dejando sus entrañas al descubierto, y estaba totalmente cubierto de sangre...

Eso no podía haberlo hecho un lobo.

- Te dije que no pasaras...- Dijo él, que la sujeto del brazo, temiendo que se desmayara.

Ella, al darse cuenta, se apoyó en él.

- ¿Quién o qué cosa... le habrá hecho esto?

- No lo sé.- Contestó él.- Lo mejor será que le demos la sepultura que merece.

El chico se acercó al cuerpo, para tomarlo y llevárselo. Ella lo detuvo.

- No. Llémoslo al pueblo. Todos deben ver lo que ha pasado.

- Sí, bueno... Pero nos agradecerán que les ahorremos esta imagen miserable del pobre hombre... Tiene una hija pequeña, ¿no dices? Mejor será que ella no vea esto.

- Pero si ella ya lo ha visto. Creía que estaría aquí con él.- Lora calló un segundo.- ¿Pero no has dicho antes que pensabas llevarlo a la aldea?

Él, que ya comenzaba a arrastrar al cadáver, lo dejó y se incorporó.

- Sí. Pensaba llevarlo, pero creo que es mejor que no lo vean, y que nosotros les contemos lo que hemos visto, y entre todos averigüemos todo lo sucedido.

Lora quedó callada un momento.- ¿Vendrás conmigo a contarlo?- Dijo.

- Sí, claro, los dos.- La dejó pensando.- ¿Me ayudas a enterrarlo tras algún árbol?

Lora asintió, aun sin estar segura, y se acercó a los pies del hombre muerto, y los tomó, cada uno con una mano. Los dos alzaron y empezaron a andar campo a través.

A esas horas de la mañana, el sol ya se colaba entre las copas de los árboles, pero cuanto más se adentraban en el bosque, ella comenzaba a planteárselo. ¿Cómo era posible que estuviera ahí el hombre con el que había soñado? Todo había sucedido muy deprisa. La noche anterior, la niña, y el cadáver... Estaba caminando por el bosque, cargando con un cadáver, ayudando a un hombre que acababa de conocer, a enterrarlo...

- ¿Cómo te llamas?- Dijo él, y ella volvió en sí.

- Lora.

- Gracias Lora. Por ayudarme, quiero decir. Mi nombre es Yan.

- ¿Yan? Qué nombre más raro...- Le contestó ella.- ¿No eres de por aquí, verdad?

- No.- Dijo.- Soy comerciante. Mi familia y yo recorremos comprando y vendiendo. Ahora venimos de Adhnoia, pero somos de mucho más al sur.

Adhnolia era una ciudad a una semana a pie, en dirección sur, internándose en los Desiertos del Fuego. De más allá de Adhnolia, nada sabía Lora.

- ¿Y a dónde os dirigís?

- Vamos hacia Düredar. Estamos de paso por aquí, llegamos temprano, con la mañana.

Ella no podía creerlo. Era el chico con el que había soñado la otra noche... No podía ser. Simplemente, no podía ser.

Anduvieron un poco más, hasta que él se detuvo, en mitad de la nada: árboles, helechos y bosque.

- Éste parece tan buen lugar como cualquier otro.

Ella asintió, y le dejaron en el suelo. Entonces él buscó algo con que cavar. Una rama le valió, y comenzó la tarea. No tardó mucho en hacer un hoyo, pero mientras, Lora estuvo pensándolo. ¿Por qué tanto interés en enterrarlo? No lo habría matado él... Pero es que parecía un buen hombre. No podría ser... Se limitaría a observarlo.

Enterraron el cuerpo, y Lora, mientras lo cubría con la tierra, no podía creerse lo que estaba haciendo. Terminaron, y pusieron rumbo a la aldea, pues ya era bien entrada la hora de comer.

En la aldea, al llegar, se despidieron. Él debía marchar con su familia, y ella fue a comer a su casa. Acordaron verse más tarde, para ir a contar lo sucedido. Ahí se demostrarían sus intenciones. Si no volvía, ella contaría todo, y él sería sospechoso del asesinato. Si volvía, es porque era inocente. Pero, y a todo esto... ¿Y la niña?

Lora pasó toda la tarde dándole vueltas al asunto. Comió un buen potaje, y después quedó dormida, pues estaba agotada. Sus últimos pensamientos antes de dormirse fueron preguntándose por la niña desaparecida...

III

Dan, el chico con el que había soñado Lora, se despidió de ella y se fue en dirección a la caravana de su familia. O eso dijo... Bajó la calle de Lora hasta dar a un gran espacio a modo de plaza, donde se elevaban unas columnas junto a un pozo. Allí se desvió, de vuelta hacia el bosque. Cruzó la primera línea de árboles, y entonces sintió cómo ya nadie le veía, entre la maleza. Entonces fue caminando entre los helechos, esquivando árboles, casi corriendo, hacia donde hubieron enterrado el cadáver. A medida que caminaba, el joven chico iba sintiendo más y más ansia, que se iba haciendo casi incontenible. Era como un hambre voraz que le movía, cada vez más rápido, hacia el cadáver. Su cuerpo, cuanto más cerca estaba, se iba como mermando, disminuyendo. Su espalda se encorvó, su columna descendió al menos medio metro, y comenzó a caminar con más torpeza. Sus

buenos ropajes de comerciante, y sus sandalias, se fueron como marchitando muy deprisa, hasta transformarse en una raída túnica oscura y unos pies descalzos y bien sucios. Su pelo bien cuidado, se fue cayendo por el camino a manojos, y al tocar el suelo se iba desvaneciendo, quedándose calvo casi por completo...

Entonces Scrópolo, ya devuelto a su forma original, llegó hasta el nicho de aquel pobre hombre, y comenzó a escarbar. Primero con la rama que había usado para enterrarlo, y después ya, con ese ansia incontenible, con sus propias manos desnudas. Al encontrar el cadáver, lo sacó de un tirón para tenerlo mejor, y comenzó a devorar su carne, entre sus costillas concretamente. Usaba ambas manos, arrancando y llevándose a la boca, y pronto su cara se llenó de una mezcla de sangre y tierra.

Esa chica era preciosa, pero debía ser tonta, pensó. El plan que había trazado era infalible. Le iba a salir bien. Roerle los huesos a un cualquiera como éste era una cosa, y degustar la carne de una preciosidad como esa, era otra bien diferente. Hasta el sabor de la piel debía ser mejor... La noche anterior le había salido bien, convirtiéndose en aquella niña estúpida, y sonrió al recordarlo. Una sonrisa que se torció en más ansia, cuando pensó en Lora desnuda. La había visto desnuda... Volvió a ver su cuerpo en su recuerdo, como una escultura frágil y a punto de desvanecerse. La suavidad de su piel, ese olor... Era tan preciosa... Paró un segundo de chupar el hueso de una costilla para escupir un tendón, y volvió a lo que estaba pensando. Había sido tan fácil, y por segunda

vez, ella había vuelto a creerse su disfraz del hombre más atractivo del mundo... Robarle su sueño había sido de lo más sencillo, mientras dormían abrazadas. Qué calor había sentido, ahí en la cama con ella. La habría devorado ahí mismo, pero había sido incapaz. Algo le había hecho detenerse, como un impulso irrefrenable, diferente al hambre y al ansia. Aquel era un delicioso plato para degustarlo tranquilamente.

Y además, si no había violencia, a Scrópolo no le gustaba tanto. Eso era cierto.

IV

Llamaron a la puerta. Dos golpes y Lora se despertó. Lo primero que le vino a la cabeza fue todo el recuerdo. Todo lo sucedido. ¿Sería él? Eso significaría que era inocente... Se levantó y fue a abrir. Y ahí estaba, el chico más atractivo del mundo, con el que había soñado hacía dos noches. Imposible, pero cierto. Ella sonrió, realmente se alegraba de verle... Pobre incauta...

- Has venido...- Dijo ella en el umbral.

- ¿Esperabas que no vendría?

Ella se encogió de hombros, y le abrió paso.- Pasa, después podemos ir a hablar con Lordas.

Era de noche, y ya no eran horas de ir a hablar con nadie, pero lo dijo aun así. A Lora le extrañó no ver a la luna sonriente en su cuarto creciente. Era tarde, pero no tanto como para que la luna se hubiese marchado. A ella le extrañó, pero pensó que debía haber dormido

mucho... No supo que la luna se había marchado, para no ver lo que estaba a punto de ocurrirle.

Él entró, y tras él, Lora cerró la puerta. Se sentaron sobre unos almohadones frente a la chimenea, la cual Lora comenzó a encender.

- ¿Quién es Lordas?- Preguntó Yan a su espalda.

- Es el gobernador de la aldea. Él sabrá qué hacer con todo esto.- Estuvieron en silencio un momento.- ¿Quién sería ese pobre hombre...?

Yan sonrió irónico a su espalda, aunque ella no lo vio.- ¿No lo conocías? Debía ser alguien de pueblo, ¿no?

- No lo sé... Creo que no era de por aquí. ¿Pero quién puede haberle hecho eso?

- Habrá sido un lobo, o algún animal salvaje.- Contestó Yan con su más aparente sincera voz.

- Eso no se lo pudo hacer un lobo...- Dijo Lora, y lanzó un soplido, tras el cual surgió una primera llama.- No me imagino qué cosa le ha podido hacer una herida como esa...- De nuevo se callaron, pero esta vez por varios minutos.

- ¿Has cenado?- Le dijo Lora. A lo que él negó con la cabeza.- Entonces tendremos que cenar, ¿no? Ya es tarde.- Y se levantó a coger algunos cacharros.

Scrópolo, al verla, recordó la noche anterior, cuando durmieron abrazados. De nuevo ahí volvía a sentir su olor... Era como a carne dulce, sabrosa, seguro jugosa... Ella se agachó y abrió un armario, de ahí sacó un caldero no muy grande, y se dirigió a la puerta.

- He de llenar esto de agua, si quieres probar uno de mis guisos...- Él no supo responder.- No te preocupes,

se hace en un momento. Hierve y listo. Pero me ayudas con los ingredientes. ¿Sí?- Ahí asintió, entonces Lora, confiada, se marchó de su casa, dejando a Yan ahí sólo.- En un momento vuelvo.- Dijo.

Estaba solo. Solo en la casa de Lora. Miles de pensamientos rondaron entonces por su mente, agitados. Podría cogerla, y violarla, y después... cenar, sí, cenar. Se relamió. O cogerla, matarla primero, y después violarla... Y cenar... Se volvió a relamer. El corazón, si es que aun lo poseía, le bombeaba la poca sangre que le quedaba a toda velocidad. Sentía sus latidos tan fuerte, que hasta se asustó. Sentía tal ansia, tal necesidad... Se le ocurrió asaltarla cuando entrara. O degollarla cuando cocinaran. O cautivarla, y hacerle el amor...

Lora abrió la puerta. Entró cargando con el caldero lleno de agua fresca, pero se detuvo aun con la puerta abierta. Él no estaba. La habitación estaba vacía. ¿Dónde demonios...? ¿Se habría ido? Entonces, sintió una presencia a su espalda. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, desde los hombros, expandiéndose hasta las extremidades. La puerta se cerró a su espalda, y unas manos por detrás le tomaron el caldero.

¡Yan la estaba abrazando! Ella sonrió al sentirle tan cerca, y él le olió el cuello... Casi se derrite ahí en medio. Entonces Yan pasó delante, y le tomó el caldero. Se lo cogió de las manos, y ella se quedó quieta, marchando él hacia la chimenea.

- Lo pones aquí, ¿no? Para calentarlo...

- ¿Tú sabes el susto que me has dado?- le dijo Lora, inmóvil.

Él se rió por lo bajo.- Lo siento. Admito que quería darte un susto, pero en realidad era para que no cargaras con el caldero.- Dijo.

Cuando ya lo hubieron colocado al fuego, ella fue hasta la mesa, y dejó algunos ingredientes. Zanahorias, garbanzos, un buen manojo de acelgas y un trozo grande de pan. Lo dejó sobre la mesa, y dijo:- ¿Me ayudas a cortar?- Y le ofreció un cuchillo.

Él lo miró, y la miró a ella, y volvió a mirar el cuchillo, y sintió ese ansia por dentro.- Claro que te ayudo.- Dijo fingiendo su mejor rostro. Y lo tomó por el mango.

Ella, agradecida, cogió otro.- Toma una zanahoria, han de ser las primeras, sino quedan duras.

Él, haciéndole caso, cogió una y comenzó a partirla, igual que ella. Al principio no dijeron nada, y él comenzó a ponerse nervioso. Tenía un cuchillo en su mano. Comenzó a apretarlo con fuerza, hasta cerrar el puño cuanto pudo. Lo que le podía hacer ahora con ese cuchillo... Le miró el cuello, y lo vio tan frágil... Le dieron ganas de abalanzarse. Qué deseo tan fuerte... Pero entonces, entre los nervios y la fuerza que hacía con el puño, se le fue un tajo y se rebanó un trozo de la yema de un dedo, de la mano izquierda.

- ¡Ah!- Pegó un grito de dolor. Incluso se sorprendió de que aun pudiera padecer dolor. Y se echó

para atrás, arrojando el cuchillo, que cayó unos metros más allá, sobre la cama...

- ¿Qué te ha pasado?

- Nada.- Gimió del dolor.- Que me he cortado. Seré torpe...

- Espera.- Dijo ella, y corrió al armario a por unas vendas. Era un trozo de tela en realidad, de una antigua sábana, pero estaba limpia. Le envolvió el dedo con cuidado. Se sentaron en la cama para ello, y volvieron a sentirse el uno muy cerca del otro. Pero ella, sin incomodarse, le ató la tela alrededor del dedo, para cortar la hemorragia.

No dijeron nada mientras lo hacía, salvo él, que se quejaba un poco. Lora, incapaz de contenerse, le dijo:- Si que eres un poco torpe, sí...- Y sonrió.- Pero sabes, sé cómo podría curártelo. Conozco un remedio infalible, que te devolvería la parte del dedo que te falta. Que por cierto, espero que no haya caído en el caldero...- Calló un segundo riendo.- Se te pasaría el dolor al instante, espero...

- ¿De qué estás hablando?- Dijo él realmente intrigado.

Ella volvió a sonreír y se levantó. En realidad estaba deseando contarle, su secreto, a pesar de que acababa de conocerle. Era su sueño de hacía dos noches. En él veía algo especial, no sabía qué, pero debajo de ese hombre había algo muy fuerte. Quería contarle su secreto. Caminó hasta su baúl y lo abrió con una llave que llevaba al cuello. De dentro tomó un par de frasquitos, y alguna bolsita de cuero, unas cartas, y una pluma de color negro.

- Tengo que contarte una cosa.- Dijo mientras se sentaba junto a él, tan próxima como antes.- Pero has de prometerme, como con todo buen secreto, que no se lo dirás a nadie.- Él asintió, sin saber. Ella no sabía cómo empezar.

- A ver, sé por qué estás aquí.- Dijo al fin.- Has venido porque yo te he llamado. Hace dos noches, yo soñé contigo. Y ahora estás aquí, conmigo. No sé cómo ha sido, pero ha sido. Y si estás aquí es porque el hechizo se ha cumplido, de alguna manera, no sé cómo, pero ha tenido que llegar a cumplirse.- Esto último lo dijo ya para sí, pero en voz alta. Él sonrió, pero ella ya no lo miraba.- Te explico.- Dijo, sin saber bien cómo.- Es que yo... soy bruja.

Eso sí que no se lo esperaba Scrópolo.

Lora sonrió.- Sí, soy una bruja... Y mi intención era hacer que vinieras, desde mi sueño, pero no pude llegar a realizar el conjuro. Porque me encontré con aquella niña...- Y entonces se acordó de ella. ¿Qué habría sido de ella? Tras el silencio, volvió a hablar.- Como no tenía unos ingredientes, no pude hacerlo. Pero de alguna manera, el conjuro se llevó a cabo. No sé cómo, pero estás aquí.

Yan se rió profundamente, y ella le acompañó. En realidad parecía un chiste, lo sabía, pero era cierto. Era una bruja. Vivía sola ocultando su secreto, desde hacía tiempo, y podía ya hacer algunos buenos hechizos, pero aspiraba a más conocimiento. La pobre creía realmente que algún día llegaría a ello...

Él la tomó de la cara.- ¿Crees que has soñado conmigo? ¿Qué estoy aquí por eso?- Él se rió otra vez.- Yo también estoy aquí por algo. Yo también tengo un secreto. Yo también venía buscándote.

- ¿Sí? ¿Y cuál es tu secreto?

El chico sonrió.- No, primero tú. Demuéstrame que eres una bruja. Entonces te diré mi secreto.- Sintió que estaba salivando, pero se contuvo de relamerse.- ¿Qué tenía que ver tu secreto con mi dedo?

- Pues yo puedo curártelo, si me dejas.

- ¿Cómo?- Dijo él.

- Puedo hacer un conjuro que conozco, y curarte. Así te lo demostraría. Pero cuidado, ¿de verdad te atreves a que te lance un conjuro? Porque en realidad el hechizo iría hacia ti dirigido, hacia tu dedo.- Él se encogió de hombros, y asintió.- Bueno, entonces has de saber que la magia es peligrosa, y que puede también volverse contra uno mismo...- Ella sonrió, y se excusó.- También tiene su parte mala, claro... Pero eso depende de tí, y cómo seas tú. Si eres una buena persona, la magia será buena, y si eres una mala persona, la magia será corrupta.- Eso ya no le gustó tanto a Scrópolo, aunque un poco sí que le intrigaba.- Pero no te preocupes, a tí no te va a pasar nada malo. De eso me encargo yo.- Dijo Lora, y comenzó a preparar el conjuro.

Primero tomó uno de los frasquitos, y se lo dio a oler, lo que le produjo un mareo instantáneo. Mientras, ella siguió preparando. Cogió unas hierbas del otro frasco, y la pluma negra. Después su mano izquierda, la tomó con cuidado, y desató el vendaje que acababa de ponerle. Ya no

sangraba, y en verdad a Lora le sorprendió lo poco que había sangrado. Después de quitárselo, le dejó la mano reposando en la cama.- No te muevas.- Buscó rápidamente dos cartas del mazo, y las colocó boca bajo cada una a cada lado de su mano. Después tomó las hierbas y la pluma, y las puso junto a su dedo. Sacó un pañuelo de fina seda, de un color granate, y lo extendió sobre su dedo, la pluma y las hierbas, cubriendo toda la mano.

Entonces, colocó una mano sobre el pañuelo, y con la otra le tomó la mano sana a él. Ella erró los ojos, pero él no, sin saber bien qué iba a pasar a continuación. Quería saber en qué acababa todo esto...

Al principio no pasó nada. Transcurrieron varios minutos en silencio, y entonces comenzó a sentir un gran dolor en el dedo. Pronto se hizo insoportable, y él le soltó la mano, llevándosela al dedo. Voló el pañuelo y quedaron en la colcha unas cenizas y el esqueleto muerto de la pluma. Se habían consumido...

- ¿Qué me has hecho?- Dijo él echándose hacia atrás. El dolor era insoportable. Ya le dolía toda la mano, y con la otra se apretaba la muñeca, como impidiendo que se extendiera por el brazo, lo cual no pudo evitar.

Lora se cayó hacia atrás, al suelo, y el chico sobre la cama, comenzó a retorcerse.- ¿Qué me has hecho?- Repitió, pero su voz ya no era como antes. No sólo en ella había dolor, sino que el tono había cambiado, era como más grave. Como la voz de un anciano cansado tras una vida...

Se incorporó de pronto, y dejó al descubierto la mano dolorida, o lo que quedaba de ella... Ya no era una mano. En su lugar, tenía una garra deforme, cada dedo se había alargado, junto a las uñas, y su piel parecía estar muerta.

Ella casi da un grito. Se echó hacia atrás unos metros, y se horrorizó con lo que vio. Frente a ella ya no estaba el joven chico con el que había soñado. Yan, el más atractivo del mundo, era ahora un ser deforme sobre su cama. Se le caía el pelo en abundancia, y se estaba quedando calvo. Su piel había adquirido un tono blanquecino, y cada vez podía ver más venas y arterias a través. Parecía que se estuviera consumiendo, que se fuera muriendo poco a poco. Él, mientras, no dejaba de retorcerse del dolor, agarrándose con la derecha lo que antes había sido su mano. Sus ropajes habían desaparecido, desvaneciéndose poco a poco hasta convertirse en la túnica andrajosa que ahora era. Y su rostro, o lo que había sido su rostro, ahora era la cara de un hombre completamente diferente, estaba como chupado, con la piel casi pegada a los huesos de su calavera, tan delgado que parecía desnutrido, a punto de morir...

Estaba espantada... ¿Qué era esa bestia que tenía delante? ¿Dónde estaba aquel chico de su sueño? ¿Qué estaba pasando?

Scrópolo, entonces, sin dejar de sentir ese dolor insoportable, observó lo que ya no era su mano. En su lugar tenía una garra, con los dedos deformes y las uñas larguísimas y afiladas... La miró a ella, y la vio

horrorizada. Esa visión, con ella ahí en frente tirada en el suelo y aterrorizada, le llegó a excitar, y se dio cuenta de que ya no había vuelta atrás. Ahora ya tendría que matarla.

Se levantó y la cogió de la camisola que llevaba, arrojándola a la cama con gran fuerza. Hasta allí fue muy rápido. Ella chilló. Un grito agudo que se debió oír muy lejos, y eso a él no le gustó nada. Se abalanzó sobre ella, tapándole la boca con la mano sana, y entrelazando sus piernas con las suyas para inmovilizarla. Se rió. Una carcajada bien sonora, desde lo más profundo de su garganta, y ella comenzó a chillar a lo loco, bajo su mano. Lora le llevó sus manos hasta la barbilla, tratando de alejarle de ella, sin conseguirlo. Y él, con su garra, aun doliendo, sabiendo que dominaba la situación, le rasguñó el cuello. Fue un roce suave, pero le causó una herida con una de sus largas uñas negras, de la que brotó de inmediato una gota de sangre caliente.

Scrópolo la olió, y lo primero fue morderle el cuello donde había sangrado, un mordisco con el que ella comenzó a llorar, sin dejar de gritar. Eso a él le excitó a un más, y ya sí que no pudo contenerse...

Mientras él le chupaba el cuello, ella gritó entre llantos, y alguien más allá alcanzó a oírla. Scrópolo no se dio cuenta, y continuó la macabra escena, aun con gritos y llantos, que fueron apagándose en sollozos, hasta reducirse a nada, salvo a los voraces mordiscos del necrófago y al crepitar de la chimenea...

FIN



Para saber más sobre Mi Mundo, sobre la Leyenda de Golöel y las Guerras de la Luna, de lo acontecido y de lo que va aconteciendo, puedes consultar mi página web personal:

www.modt.net